

Italia, el campeón del contragolpe

● Es curioso que las finales de los Campeonatos del Mundo registren predominantemente resultados generosos en goles. Cifras de 3-1, 4-2 o 4-1 —frecuentes en éstas—, parecerían anormales cuando se enfrentan equipos similares y de gran nivel como para ser finalistas, cuando tienen la responsabilidad de definir el cetro máximo y, sobre todo, cuando hay tantos partidos de estos campeonatos que terminan con resultados mucho más escuálidos en goles. Y a pesar que desde la década del 60 el fútbol se ha hecho más defensivo, la abundancia de los marcadores de las finalísimas no ha variado. El domingo, el 0-0 del primer tiempo insinuó que podía producirse la excepción. Muy apretado y de estricta marcación. Incluso el penal tan bien y valientemente cobrado por el árbitro Coelho, y tan increíblemente errado en su ejecución por ese excelente jugador que es Cabrini (consuelo para Caszely) pareció conspirar en tal sentido. Pero en el segundo tiempo todo cambió. El juego se soltó e Italia confirmó que su sólido recargo defensivo en nada disminuye su capacidad de ataque, no sólo a través del moderno concepto del "fútbol total" en que se ataca y defiende en conjunto, sino principalmente de rápidos y fulminantes contragolpes de dos o tres hombres que se escapan con vertiginosa armonía. Y así se puso 3-0, lo que pocos habrían vaticinado al término del primer lapso. El descuento alemán fue sólo el gol del honor. Italia venció en forma categórica. Y todos nos quedamos con la sensación de una hermosa final, y con los condimentos insustituibles de los bonitos goles para una completa emoción futbolística.

● Cuando Italia se puso 2-0 quedaban 20 minutos. Exactamente lo mismo que restaba en el alargue de Francia y Alemania cuando los galos se colocaron 3-1. Recuerdo haber señalado que, sin desconocer el vigor y el mérito de la reacción germana en Sevilla, había existido una cierta ingenuidad francesa en permitir que les remonta-

OPINA

Jaime Guzmán



ran un marcador como ese y en una situación como esa, hasta terminar en un agustioso empate para ellos. Y añadí que eso no le pasaría jamás, por ejemplo, a un equipo como el italiano, el cual teniendo similitudes con los rasgos latinos del cuadro galo, es mucho más sólido y firme. Que jamás descuida su defensa al atacar. Cuando Italia quedó 2-0, todos sentimos que el partido estaba definido, y que —cansancio aparte— Alemania no podría jamás remontar ese resultado. Y no pudo. Es el reflejo de la diferencia entre Italia y Francia, por mucho que el equipo galo se haya ganado el merecido aprecio de todos por su fútbol generoso, rápido, ofensivo y brillante. Pero le faltaba suficiente oficio para campeónar.

● En la primera de estas columnas sobre el Mundial, comenté que Italia me gustó en sus debut con Polonia, y que aquél me pareció un buen partido, que insinuaba a dos equipos de jerarquía, cuyo empate a cero —que algunos calificaron de deslavado— no debía mover a engaño en cuanto a la calidad futbolística que habíamos presenciado. El desenlace del campeonato lo confirmó: Italia fue campeón y Polonia llegó tercero. Pero reconozco que no hubiera pensado en los italianos para el título máximo, porque Brasil parecía indiscutido para llevarse. Sólo después del match Italia-Argentina la "squadra azzurra" demostró que era un equipo excelente y de terrible eficacia. Luego lo corroboró definitivamente con Brasil. Un cuadro que siendo duro y firme, tiene la elegancia latina. Que poseyendo

un sentido admirable de conjunto, deja también lucir individualidades en todo su brillo. Que combina el oficio y el pragmatismo con el libre curso a la chispa creadora. Que tiene nervio y garra como para demostrar (a diferencia del cuadro chileno) que la pérdida de un penal, ni siquiera en una finalísima, es argumento suficiente para derrumbar a un verdadero buen equipo. El puntero alemán Littbarsky dijo antes del partido de ayer que Italia era "su defensa, Rossi y nada más". Habrá que tomarlo como una de esas "agalladas" previas a los grandes cotejos, porque de lo contrario deberíamos interpretarla como una estupidez. (Según Littbarsky, ¿seguirá figurando el genial Conti o el propio Altobelli, entre el "nada más" después del partido del domingo?). Pero anécdotas aparte, Italia es un cuadro completísimo y de excelente calidad en todas sus líneas. Un digno campeón del mundo. Y con el mérito de la humildad de jugadores que respondieron a las injustas invectivas iniciales de la prensa de su país, con un riguroso silencio. Y de su entrenador Bearzot, quien —desde antes del Campeonato y hasta el final—, destacó también por su cautivante humildad para no formular vaticinios triunfalistas ni juicios altisonantes.

● La actitud del Presidente Pertini en la tribuna de honor del Santiago Bernabeu me pareció de una contagiosa simpatía. ¡Qué 85 años de edad tan bien llevados! Además, se transformó en un hincha común de su equipo, sonriendo y levantándose con sus goles, aplaudiéndolos con entusiasmo, y disfrutando el triunfo, sin perder ciertamente el decoro propio de su cargo. Al canciller alemán Schmidt se le vio serio, circunspecto, pero noble y elocuente para aplaudir y felicitar al campeón. Entre ellos estuvo el Rey Juan Carlos, a quien felizmente no le correspondía discursar en esta ocasión, y que reflejó siempre ese rostro tan inexpressivo... ese rostro tan suyo. Entretanto, el término del Mundial me dejó con la tristeza propia de todos los finales. ¡Pensar que han pasado 20 años desde que sentados en nuestro Estadio Nacional, vibráramos con el tercer lugar de Chile y el triunfo final de Brasil! Los mundiales son como una implacable contabilización de cuán rápido se nos va la vida...